

BAÑOS CESTONA

nueva fuente y manantial con 150 litros por minuto.

BAÑOS CESTONA

estufa de desinfección y tren de lavado y planchado.

BAÑOS CESTONA

mesa espléndida y cocina sin rival.

BAÑOS CESTONA

traida de aguas de la fuente del Amor al Gran Hotel.

BAÑOS CESTONA

sexteto masico Aznedo, y profesores del Teatro Real.

BAÑOS CESTONA

ascensor a todos los pisos.

BAÑOS CESTONA

gran aumento de alumbrado eléctrico, MIL lámparas y seis arcos voltaicos.

BAÑOS CESTONA

aumento considerable de personal apto e inteligentísimo.

BAÑOS CESTONA

bar americano.

BAÑOS CESTONA

cocheras y cuadras nuevas, cuatro familiares con servicio especial a Arrón y Zumarraga.

BAÑOS CESTONA

50 habitaciones nuevas, gran confort.

BAÑOS CESTONA

cámara, oficina.

ZOTAL

Borgoyne, Burdick & Co., Londres. Poderosa desinfectante, microbicida, insecticida y desodorante.

No es venenosa ni corrosiva. Aplicación del ZOTAL en los animales y plantas.

El ZOTAL cura rápidamente la roña en las ovejas, el herpes en los caballos, miasmas y burros, la sarna en los demás animales, y hace desaparecer los innumerables insectos que atacan a los animales en paja y que dan origen a muchas enfermedades.

El ZOTAL es indispensable a los ganaderos y veterinarios para desinfectar los locales donde reposan los ganados. El ZOTAL ha venido a resolver el importantísimo problema de los horticultores y labradores, pues mata los muchos insectos que se desarrollan en la época de madurez de los frutos, mermando grandemente las cosechas.

El ZOTAL ha sido considerado como uno de los mejores insecticidas contra la langosta, por su fácil manejo, su solubilidad en el agua y su economía.

Comprobado por médicos, veterinarios, labradores y ganaderos, recomendamos tan útil producto a nuestros lectores, seguros que el usarlo les será provechoso.

El ZOTAL se vende al público en latas decoradas de 1 litro.—Latas decoradas de 2 litros.—Bidones de hierro de 23 litros (5 galones).—Bidones de hierro de 95 litros (10 galones).

Para instrucciones y venta al por mayor dirigirse a:

J. G. ESPINOSA. Laboratorio: Coliseo, 2, Sevilla. Lleno con el conector para la venta exclusiva en España. Pídanse en todas las droguerías, farmacias y centros de específicos de España.

Las GOTAS CONCENTRADAS DE HIERRO BRAVAIS son el remedio más eficaz contra la ANEMIA, los COLORES PALIDOS, etc. Todas Farmacias y Droguerías. Depósito: 130, Rue Lafayette, PARIS.

Barcelona

Artículo industrial	1,50 pías. línea.
Noticias, tercera página	1,00
Recetas	0,75
Anuncios, cuarta	0,50

Esquelas mortuorias, según muestrario.

Murcia

Artículo industrial	1,50 pías. línea.
Noticias, tercera página	1,00
Recetas	0,50
Anuncios, cuarta	0,10

Esquelas mortuorias, según muestrario.

El Liberal

Noticias	2,00 pías. línea.
Noticias	3,00
Reclamos	1,50
Anuncios, cuarta página	0,50

Esquelas mortuorias, según muestrario.

MADRID

Artículo industrial	1,50 pías. línea.
Noticias, tercera página	1,00
Recetas	0,50
Anuncios, cuarta	0,10

Esquelas mortuorias, según muestrario.

Bilbao

Noticias	1,00 pías. línea.
Anuncios oficiales, 2.ª pág.	1,00
Preferentes, 3.ª	0,50
Anuncios en la cuarta	0,50

Esquelas mortuorias, según muestrario.

Sevilla

Artículo industrial	1,50 pías. línea.
Noticias, tercera página	1,00
Recetas	0,50
Anuncios, cuarta	0,10

Esquelas mortuorias, según muestrario.

JARABE BLANCARD
ACADEMIA DE MEDICINA
PARIS
ANEMIA - RAQUISMO - COLORES PALIDOS
MENSTRUACION DIFICIL, etc.



MADERAS
CARLOS GARCIA TUDELA
CARLAGENA
EXTRACTO DE CARNE LIQUIDA
PREMIO EXPOSICION UNIVERSAL Y EN LA INTERNACIONAL el primero, 6.º sea diploma de honor con insignia y MEDALLA DE ORO, PARIS, 1900.

SANDALO CLIN
Se toman de 9 a 12 Cápsulas diarias.
Verdadero Sandalo Clin
A los Precios de Costumbre CLIN y COMAR - PARIS

GOTA LICOR LAVILLE
A los Precios de Costumbre CLIN y COMAR - PARIS

La Maquinista de Levante de MIGUEL ZAPATA

Director, Don Antonio Beltrán Borrell, Ingeniero. LA UNION-CARTAGENA

LOS SUBURBIOS DE PARIS

FOR
XAVIER DE MONTEPIN

La religiosa dirigió una mirada a su alrededor, mirando a derecha e izquierda con aspecto contrariado. El padre Loriot la preguntó: —¿Buscáis algo, hermana? —Si, en efecto—respondió ella.—Busco a un muchacho que esperaba encontrar aquí, ya que no en su casa. Vende por los alrededores de la iglesia objetos religiosos.

XIV.

—¿Hablais por casualidad de Misticot, hermana?— exclamó el padre Loriot. —Si, señor, precisamente—dijo la religiosa—¿le conocéis? —Ya lo creo que le conozco. Un simpático granujilla que no siente frío en los ojos, buen muchacho y honrado. Tan honrado que no es capaz de guardarse una moneda de cinco céntimos si la encuentra en la calle. Antes la tiraría.

Si yo hubiera sabido que era él a quien ibais a la calle de Lafontaine-du-But, os hubiera ahorrado una carrera inútil.

Le he visto esta mañana un momento antes de que me tomáseis en el punto y volveré a verle esta noche. —¿Esta noche?—repitió la sobrina de Julio Verriere. —Si, hermana, iba al otro lado del río a casa de

un camarada suyo, de quien ha sido testigo en su boda hace algunos días. Yo también estuve en la boda, como invitado y como alquilador de coches.

Le rogó que me hiciera un recado en la calle de Sena. Esta noche me dará la respuesta, cuando vuelva a su casa. Yo vivo en los Batignolles.

—¿La boda de que habláis, fué acaso la de Mr. Loiseau? —Si, hermana. —¿Es a Mr. Loiseau a quien ha ido a ver? —Positivamente.

Sor María iba a montar en el coche y dar orden al cochero de conducirla a casa del encuadrador, a la calle de Fleurs, pero en el momento de hablar se detuvo.

Lo que quería decir a Misticot sin que nadie lo oyera, parecía misterioso, y por consiguiente extraño. Por lo tanto, era preciso no dar lugar a suposiciones ni comentarios.

Por consiguiente, la religiosa repuso: —¿Es decir, caballero, que estais seguro de ver esta noche a ese muchacho? —Tan seguro como me llamo Loriot, conductor del coche número 13. Si, sí, veré a ese granujilla. —Pues bien, ¿queréis tener la bondad de decirle que me espere aquí mañana por la mañana? —¿A que hora? —A las nueve y media en punto. —Sereis servida. —Si se preocupa por la persona que desea hablarle, le direis que es la religiosa que se encontraba con la hija del banquero en el carruaje que volcaron los caballos. —Basta, hermana. Se lo repetiré exactamente. —Ahora, hacedme el favor de conducirme a la parada donde os tomé.

Sor María montó en el carruaje y Loriot fustigó al caballo.

El hombre de las malas trazas había asistido de lejos a la entrevista del cochero y de su cliente, pero sin oír una sola palabra.

Vió alejarse el coche, se encogió de hombros y bajó a su vez de las alturas de la Butte-Montmartre.

Sor María, de vuelta al hotel, un poco antes de la hora del almuerzo, no habló a Angela de las caminatas que acababa de hacer.

La joven, por su parte, no la dijo una palabra del telegrama que había enviado a Vincennes a Emilio Vandame.

Una semana habría transcurrido desde el matrimonio de Eugenio Loiseau y de Victorina Beraud.

Después de dos o tres días de inimitable holgazanería, el recién casado volvió a trabajar a su taller de encuadrador de la Biblioteca Sainte-Genève.

Respecto a Victorina, había transportado su pequeño taller de florista al domicilio de su marido, en donde sus modestos muebles no estorbaban.

Apenas habían transcurrido ocho días y ya Victorina tenía motivos para quejarse, de Eugenio.

De todos los juramentos que hizo antes de casarse, ya no quedaba más que el recuerdo.

En lugar de volver al domicilio conyugal, en cuansalta del taller, Eugenio entraba en cualquier taberna pasando allí el tiempo bebiendo ajeno.

Dos veces había vuelto bastante ahumbrado, como dicen en el lenguaje popular.

La primera vez, Victorina se había contentado con dirigirle, con su más dulce voz, una ligera observación. Eugenio tenía las borracheras malas.

El ajeno no le alegraba, sino que le volvía susceptible y malo.

La contestó, por lo tanto, de un modo brutal.

La segunda vez, como Eugenio había reincidido, Victorina se mostró más acerba.

El joven encuadrador contestó que era el amo, que haría siempre lo que le diera la gana, y que nunca consentiría que su mujer le dominara, como ciertos maridos que él conocía.

Y para dar una prueba de su autoridad, arrojó al suelo con ira la mesa en donde Victorina acababa de servir la comida.

Creemos inútil asegurar que la florista lloró mucho aquel día.

El matrimonio empezaba mal...

Si aquella era la luna de miel ¿cuál sería el porvenir?

Al día siguiente de esta escena, Misticot fué a casa de Laiseau, muy temprano, a fin de darle cuenta de diversos gastos hechos el día de la boda.

El encuadrador había salido muy temprano y de muy mal humor.

—Ya sabes que Misticot almorzará hoy con nosotros.—le dijo Victorina, a quien habían avisado de antemano.

—Bueno, volveré a la hora de almorzar... Adiós... —¿No me abrazas? —No... me voy... Y se fue.

Naturalmente, Victorina se puso a llorar de nuevo. Las lágrimas inundaban todavía su rostro cuando Misticot llamó a la puerta.

La florista enjugó apresuradamente los ojos y salió a abrir la puerta.

—Buenos días, señora Loiseau—dijo alegremente el pequeño vendedor de medallas cogiéndoles las ma-

nos.—¿Permitis?...añadió riendo—A un padrino no se le niega nada.

Y alargó los labios.

Victorina le presentó la mejilla. Como a pesar suyo lloraba todavía, Misticot sintió sobre su dura y fría mejilla la cálida humedad de las lágrimas.

—¡Calla! ¿Qué sucede? ¿Qué significa eso?—exclamó retrocediendo muy sorprendido.—Parece que os habéis disfrazado de fuente Wallace, y tenéis la cara encendida y abotargada. ¿Es o no es una sorpresa, y por cierto nada agradable! ¡Yo que creía hallaros tan contenta!

La joven sin poder articular una palabra, sollozaba desconsoladamente.

—¡Calle! ¡calle! ¿uego es sería la cuestión?—prosiguió Misticot.—¿Ni que corrieran las aguas de Versailles? Decididamente, aquí pasa algo extraordinario. ¿Está Loiseau enfermo?

Victorina hizo señas de que no.

—Si no está enfermo—continuó el muchacho—¿qué le pasa? —Se ha marchado esta mañana sin abrazarme—balbuceó la florista.

Misticot no pudo contener una carcajada.

—¿Cómo!—dijo—¿por eso os desconsolais!... Por eso me recibís con esa cara de desenterrada y poneis vuestros lindos ojos en ese estado... colorados como los de un conejo blanco!... ¡Una beso perdido, siempre se encuentra! Cuando vuelva para almorzar os dará una docena... y aun más... si os empeñais!

—¡Ah! se acabó... se acabó...—replicó Victorina con voz apagada.—Seré desgraciada para siempre... y yo no hubiera debido casarme!

—¿Cómo sois vos quien dice esto... a las ocho días de casada... y por una tontería que no vale la pena...